

El Periódico ilustrado



Número 29.

DEL 21 AL 28 DE SETIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. Un año 28 »—	Seis meses 14 »		
Ultramar. . Un año 80 »—	Seis meses 50 »		

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*La mancha*, por Valentino.—*Strasbourg*, por B.—*El hombre caído*, por Valentino.—*La ceniza en el ojo*, por B.—*Las aguas de Albano*.—*Lo que soy*, por F.—*Los gitanos*.—*La correccion maternal*.—*Los primeros fuegos*.—LAMINAS: *Strasbourg*.—*La correccion maternal*.—*La ceniza en el ojo*.—*Los primeros fuegos*.—*Los gitanos*.



LA CORRECCION MATERNAL.

REVISTA DE LA SEMANA.

CARTA A UN AMIGO.

Tu epístola he recibido
Abate del alma mía,
Y con placer la he leído
Al ver que ya ha renacido
En tu pecho la alegría.

Bien hiciste por Caifás,
Y no te pese jamás
Esa determinacion,
Que en lances del corazon
Quien mas pone pierde más.

Que hayas sufrido lo creo,
Que ya no sufras lo dudo,
En tus pensamientos leo,
Y de apariencias desnudo
Lo mismo que eres te veo.

Quien nació para llorar
No sabe, Pepe, reir,
Y al quererlo ejecutar
Puede risueño mentir
Pero no puede engañar.

En vano de buen humor
Hacer quisistes alarde,
Te vendió el labio traidor,
Y al corregir el error
Era demasiado tarde.

Que hay en tu carta una nota
Triste cual de lira rota
La postrera vibracion,
Que sangre del corazon
Vertiendo esta gota á gota.

¿Qué es de mi vida? me dices,
¿Y qué sucede en la Côte?
Nada; somos muy felices,
Y vuelven ya los del Norte
Con un palmo de narices.

Nos ahogamos de calor
Todas las horas del día,
Y aun con eso, á lo mejor
Se pesca una pulmonía
Y nos entierra un doctor.

Hay sus casitos de morbo,
Y haylos de tifus tambien,
Y hay quien apura de un sorbo
Mares de tila y de sén,
Y vive..... siendo un estorbo.

Preparándose al combate
Andan *Príncipe y Real*,
Rossini lió el petate,
Rivas pierde un dineral,
y la *Zarzuela* se abate.

Y unos el precio subiendo,
Y otros el gasto bajando,
Van su destino cumpliendo;
Caltañazor distraendo,
Catalina reventando.

Listas se ven á montones
De arreglos y traducciones,
Y algunos originales
Que podrán producir reales
Ó producir revolcones.

Los paseos concurridos,
Las sociedades tronadas,
Los pollos alicaidos,
Las palabras..... empeñadas,
Y los hombres muy perdidos.

Amor al trabajo, poco,
Á los placeres, bastante,
Entusiasmo mucho y loco,
La virtud no hay quien la cante,
Ni la buena fé, tampoco.

Tal es el aspecto fiel,
Que ofrece esta poblacion,
Y puedes juzgar por él
Lo que hiciera un buen pincel
Aclarando este borron.

En cuanto á mí, voy pasando
De esta existencia el vaiven
Siempre la sombra buscando
Que ha de llevarme al Eden
Sin saber como ni cuando.

Imítame, caro amigo,
Y de tu oculto pesar
No hagas á nadie testigo,
Que aun yo que en todo te sigo
No te seguiré en llorar.

Igual es nuestro dolor,
Tú eres Amadis de Gaula,
Yo Crisóstomo el pastor.....
¿Y el corazon? ¡buena jaula
Para los locos de amor!

M. DEL PALACIO.

EL HOMBRE CAIDO.

I.

Eusebio, jóven de muy estimables prendas, aunque algo descuidado en cierta clase de estudios que hoy se necesitan cultivar con esmero y constancia, andaba tiempo hacia tras la solucion de un problema que hallaba escrito en su corazon, como esos geroglíficos ininteligibles de que están llenos los monumentos egipcios.

No podia explicarse la eterna inquietud de su alma; no sabia por qué era infeliz cuando gozaba de un caudal muy respetable, del aprecio leal de sus amigos y de una buena reputacion, á causa de su talento y de su modestia. A veces se figuraba que llenaria el vacío de su corazon con afecciones enérgicas, y entonces de la primera mujer que veia á su paso se enamoraba. Ni por esas; á los quince dias volvía á estar desasosegado y triste; aquellos amores pasajeros le habian ocasionado algunas desazones, y esto era la única que sacaba de sus afecciones enérgicas.

Llegó á sentirse aburrido en toda la estension de la palabra. Bostezaba en los teatros, se irritaba en la Castellana, se dormía en el café, cantaba al acostarse, gruñía cuando se despertaba y comía al vapor como un hombre de negocios.

Unas veces iba muy aprisa por la calle, otras se entretenía diez minutos en cada escaparate, pero siempre continuaba aburrido.

En la oficina, como las ocupaciones no le molestaban mucho (á nuestros empleados no le molestan nunca las ocupaciones), pasaba las horas fumando y dando golpecitos sobre el pavimento con el pié derecho, lo cual queria decir: «Pues señor, yo me fastidio, y esto no tiene cura.»

Cierta domingo me lo encontré en la calle del Carmen, á las once de la mañana. Salía de misa, y como siempre, su mirada vaga, su andar distraido, su cabeza inclinada sobre el lado izquierdo; todo su porte, en fin, me dió á entender que seguía en sus trece.

—Adios, Eusebio, le dije deteniéndole por un brazo; no ves á nadie.

—¡Hola, chico! me contestó; ¿cómo estás?

—Bien; ¿y tú?

—¡Yo! Aburrido por todos los cuatro costados.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

—¿Y crees que yo lo sé? Me aburro, y... y se acabó la funcion.

—Motivo habrá para ello. Explicáte y sabremos...

—¡Cál! Todos me dicen que debo ser muy feliz, y efectivamente, yo debía ser muy feliz; pero el caso es que no lo soy. *Voilà tout*.

—Dime algo del estado de tu alma, y puede ser que yo te adivine.....

—Mira, para hacer observaciones psicológicas este es muy mal sitio..... ¿Has almorzado?

—No; ahora iba.....

—Pues vámonos; almorzaremos juntos en cualquier parte, y te iré contando lo que pueda.

II.

—Yo, dijo Eusebio dejando caer la servilleta sobre sus rodillas, soy un hombre que ama la perfeccion con locura; aspiro á ella, como la idea sublime hácia cuya realizacion marcha la humanidad. Todo lo que no sea verdad y belleza absolutas me empalagan, me hastía, y he llegado á encontrar dentro de mí mismo tales elementos de grandeza y de superioridad en virtud de esas elevadas aspiraciones, que el orgullo se ha apoderado de mí, y me he creído con derecho para mandar como jefe absoluto en todas las maravillas de la naturaleza y en todos los seres que la pueblan. Me he visto yo, átomo imperceptible en la inmensidad de los mares, balancearme sobre su cristalina superficie, recorriéndola del uno al otro polo dentro de un miserable artefacto de madera. He contemplado henchido de entusiasmo á uno de mis semejantes domar la ferocidad de los leones con una sola mirada, y espantarlos con un gesto. El hombre es el rey del mundo, he dicho entonces; cuanto existe ha sido criado para obedecerle. Y no bien terminadas estas observaciones, el viento y la tempestad han despedazado mi buque entre las rocas, como un juguete vil entre las manos de un gigante, y un insecto casi microscópico ha herido mi rostro, aleteando en torno de mi cabeza como si quisiera burlarse con su zumbido eterno de mi impotente cólera. Y hé aquí como el orgullo tiene que ceder su puesto á la humildad, porque me siento débil y eslavizado por el más insignificante de los seres; porque todo mi poder y toda la soberbia de mi pensamiento que llega hasta á pedir cuentas de sus actos á la Divinidad, se estrellan contra la furia de los mares y contra el zumbido de un insecto. Estas contradicciones me desesperan, me agobian, y por último, me aburren. Pero oye más. Hace algun tiempo, cansado de la vida monótona que llevaba, comencé á halagar ideas de ambicion; soñé con elevarme sobre los demás hombres y humillarlos. Convencíme de que yo habia nacido para dominar, y á este fin reuní toda la actividad de mi imaginacion, y de un golpe me hice dueño del mundo. Acababa de leer *La Vida es sueño*.

Por lo tanto, tuve que hacer pocos esfuerzos para crear ejércitos, que me obedecieran á un solo gesto, y hasta reyes que depusieran sus coronas á mis piés. Mi cabeza se convirtió en una fábrica de armas y en un almacén de cetros. Napoleon fué un miserable, comparado conmigo. Pero no habian trascurrido muchos minutos cuando sentimientos contrarios me hicieron soñar con el sosiego de una vida retirada y oscura, con las delicias del campo, la hermosa majestad de los bosques y los goces tranquilos de una posición modesta. ¿Comprendes tú semejantes fenómenos? ¿Tengo razon para decir que soy el más infeliz de los hombres?

Y diciendo esto, en un arranque de desesperacion se sopló media tortilla al cuerpo.

—Verdaderamente, querido Eusebio, le dije yo, que eres muy desdichado. Tu corazon es el enemigo que más daño te hace; necesitas saber el por qué de tus inquietudes, de tus tormentos, de tu desgracia, en fin, porque realmente es una desgracia lo que te sucede, que no tiene nada de imaginaria, como alguno podría suponer. Debes sufrir horriblemente, y concluirás por entregarte á un decaimiento espantoso, que enervará las fuerzas de tu espíritu, haciéndote casi impotente para el bien; y esto sería para tí una verdadera calamidad. Temo que llegue un instante en que, fatigado de esa lucha tenaz que sostienes de continuo con tus propios deseos, caigas en un lastimoso estado de desesperacion. Para remediar esto, solo quiero que pienses en una cosa. Por dicha tuya conservas aun las creencias que te trasmitió tu madre; es verdad que en las prácticas eres algo negligente, y que, segun presumo, no dedicas mucho tiempo á meditar en aquello mismo que crees; pero así y todo, sospecho que si fijas tu atencion en esa cosa que voy á indicarte, has de hallar un grande alivio, un consuelo y una resignacion inefables en tus eternos padecimientos.

—¿Y qué cosa? me preguntó Eusebio.

—La caída del hombre. Tómate todo el tiempo que juzgues necesario para recorrer y examinar las diversas clases y estados de nuestros semejantes; piensa

en la caída, y luego me explicarás las observaciones que sobre ello se te hayan ocurrido.

Eusebio quedó silencioso y cabizbajo un momento. Luego levantó la cabeza, y mirándome fijamente, exclamó con energía y decisión:

—Está bien; yo te avisaré cuando crea trascendido el término.

Después de esto nos separamos, él dispuesto á desmenuzar con el escalpelo del observador los más insignificantes detalles de la vida, y yo ansioso de saber las ventajas que mi consejo podría reportarle.

III.

Pasaron cuatro años después de esta entrevista, durante cuyo tiempo volví á encontrar á Eusebio varias veces sin que habláramos casi nada sobre el particular.

—Sigo trabajando, solía decirme al saludarme.

Tuve yo que salir de Madrid, y á algunos meses de mi ausencia, recibí una carta de Eusebio concebida en los siguientes términos:

«Querido mio: voy á comunicarte mis observaciones de cuatro años; he visto y he pensado mucho acerca de lo que me indicaste; creo que podría escribirse un libro muy útil sobre la materia; yo me contentaré con trazar una no muy estensa carta, porque no por mucho hablar se dice más. Sin embargo, te repito que sería muy conveniente un libro para combatir á los nuevos *pelagianos*, que negando la caída del hombre, sueñan con la perfección universal de tejas abajo. ¡Visionarios! ¿á dónde irán con tanto progreso como quieren cargar sobre sus espaldas? Al fin han de verse aplastados por las ruedas de su carroza triunfal.

Creo, amigo de mi alma, que el hombre es una fiera, perdona lo brusco de la palabra; solo la educación, y no como se quiera, sino la educación religiosa, puede arrancarle los instintos depravados que constantemente le llevan al embrutecimiento. El hombre es tal vez el único animal que, domesticado y todo, se siente con valor para asesinar á sus hijos. Lo que no hace una hiena, lo hace una mujer por ocultar su flaqueza á los ojos del mundo.... ¡Y sin embargo, era mujer santa Teresa!—¿Cómo explicarán esto los de la perfectibilidad humana?

He recorrido los salones en que el lujo tiene sus altares, la vanidad sus adoradores, el baile sus sacerdotes. ¿Sabes que no hay nada más lindo que un sacerdote del baile con su frac y su guante blanco?—En el fondo de estos placeres tan fugaces como estúpidos, he visto estender sus perezosos miembros al gusano terrible del *hastío*. ¡Cómo bosteza un hombre después de pasar la noche en un salón entregado á los voluptuosos mecimientos del baile! ¡Quiéren decirme que es efecto del sueño! ¡Hastío, y puro hastío! Y aunque fuera sueño; ¿pues qué, es otra cosa el sueño más que la inclinación de la materia *hastiosa* de vivir, que busca el reposo parodiando la muerte?

Nunca pensé que la riqueza y la miseria pudieran fundirse en un solo estado. ¡Cuántos ricos he visto miserables! ¡Cuántos miserables he visto ricos! Entre los brazos de una butaca se agita un hombre porque no sabe en qué emplear una porción de millones que le sobran. Después de haber satisfecho hasta sus más insignificantes caprichos, esclama echando la cabeza atrás, y dejando caer lánguidamente sus brazos: ¿bien y qué?

Esta frase es la última página del libro de la riqueza.

¿Y la vida política? ¡Ah! es un espectáculo delicioso ver á los hombres darse de mogicones por hacer la felicidad de sus semejantes.

Si se estudiaran las verdaderas causas de esos grandes acontecimientos que conmueven á toda una nación, ¿qué de ruindades se verían! A veces un capricho ó un arranque de mal humor de un gobernante ó de su mujer, da al traste con un magnífico proyecto, ó derrumba un ministerio.

(Se concluirá.)

VALENTINO.

LO QUE SOY.

Yo soy la alondra que á los vidrios llama de tu balcon,
para posarse en tu hombro de alabastro
y oír tu voz;
para mirarse en tus azules ojos
de lánguido fulgor;

para besar tus labios encendidos,
para morir de amor.

Soy el rayo indeciso de la luna
que riela en el mar,
por el que los espíritus nocturnos
suelen bajar,
para posarse de las claras ondas
dormidas en el haz,
y hacerlas con sus besos misteriosos
de amores susurrar.

Soy la brisa fugaz que tus cabellos
enreda á su sabor,
cuyo llanto recoge enamorada
en su cáliz la flor:
soy la dulce armonía melancólica
de tiernísimo son,
que el oído no escucha porque suena
tan solo al corazón.

Soy el sueño de amores que acaricia
tu mente sin cesar,
y esos vagos deseos sin enlace
que á despertarle van:
soy un alma infelice que te adora
cual nadie amó jamás,
y que de amor espira, bendiciendo
tu nombre al espirar.

F.

STRASBOURGO.

Strasbourg, antigua capital de la Alsacia, es hoy día capital de provincia del departamento del Bajo Rin, y una de las más importantes ciudades de Francia.

Cuenta 80.000 habitantes, y es el centro de todas las grandes administraciones que corresponden á una ciudad de primer orden: posee una Academia con cinco facultades, una división militar, etc. etc.

Strasbourg se halla situada á media legua del Rin. Antigua ciudad imperial alemana, ha conservado un sello enteramente particular; al lado de ciertos barrios y no pocas construcciones modernas, se ven aun las antiguas casas, cuyos pisos superiores se hallan adornados de torres góticas y adornos calados. Es por este lado pintoresco por el que el artista que ha hecho el grabado que hoy ofrecemos como cabecera, ha tomado su punto de vista, eligiendo el de los *puentes cubiertos*, con sus cuatro antiquísimas torres, destacándose en el fondo la elevada flecha de la elegante torre de la Catedral, y á la derecha la iglesia protestante de Santo Tomás, donde se halla el magnífico mausoleo del mariscal Saxe.

En el centro se ven dos puentes, que indican una doble corriente de agua.

En efecto, el Illi con su canal forma en la ciudad una especie de cinturón interior, de preciosos muelles circulares, que forman un paseo de los más agradables.

Cuando se habla de los monumentos de Strasbourg, preciso es empezar por su Catedral, la más alta del universo, y una de las maravillas de la arquitectura gótica. Construida de asperón rojo, su masa imponente y ligera, se eleva en los aires, entre una infinidad de columnitas y de torrecillas pequeñas que la rodean, formando una verdadera red de encaje de piedra; la veleta cuenta ciento cuarenta y dos metros de elevación desde el suelo á la parte superior donde se halla colocada, y se distingue á tan larga distancia, que se la ve perfectamente desde el otro lado del río, en el gran ducado de Baden. Una de las curiosidades de la Catedral es el famoso reloj astronómico, reconstruido en 1840 por el ingeniero Schwilgne. Después de la Catedral, deberemos citar la iglesia de Santo Tomás, el Palacio real, que habita el obispo; el Teatro, que se halla colocado en la magnífica plaza de Brouglie; la Prefectura, el Ayuntamiento y los cuarteles, que son verdaderamente grandiosos. No es menos digna de llamar la atención la estatua de *Kleber*, en la plaza del mismo nombre, y la de *Gutenberg*, cuya copia exacta se halla en el patio de la Imprenta imperial. Paseos magníficos rodean la ciudad, ofreciendo agradable expansión á sus habitantes.

Sin ser una ciudad manufacturera, propiamente dicho, Strasbourg fabrica un cierto número de artícu-

los, que son muy nombrados. La industria de los cueros, por ejemplo, se halla en aquella localidad muy desarrollada, así como la de los productos químicos. La cirugía encuentra también en sus fábricas excelentes instrumentos, y los gastrónomos aprecian en su verdadero valor su exquisita cerveza, y sobre todo sus magníficos pasteles de *foie-gras*. Cuatro líneas de caminos de hierro facilitan sus comunicaciones para la extracción de sus productos.

Strasbourg, en otro tiempo centinela avanzado de la Alemania contra la Francia, es hoy día uno de los más importantes puntos de defensa del territorio francés. Del mismo modo que la ciudad ha conservado su fisonomía especial y primitiva, la población á su vez conserva siempre un carácter enteramente particular y lleno de reminiscencias germánicas.—B.

LA CENIZA EN EL OJO.

Ustedes no habrán conocido, ni tal vez habrán oído hablar tampoco del célebre flamenco Van Kooten! Nada tiene de extraño: nació á mediados del siglo pasado, y murió á principios del presente; pero por las noticias que de él hemos podido adquirir, nos hallamos en el caso de poder asegurar á nuestros lectores que aun á los cincuenta años era un arrogante mozo, si bien demasiado grueso, y con un vientre tan pronunciado, que le daba esa espléndida majestad que inspira siempre respeto y consideración.

Su fisonomía respiraba á la vez bondad y franqueza; sus cabellos permanecían siempre negros, á pesar de su avanzada edad; la dentadura blanca y sólida; robusto como un toro, y sobre todo, y lo que es mejor, inmensamente rico: si á esto se añade que no había jamás amado, se comprenderá perfectamente que fuera dichoso como pocos. ¿Ocuparse él de mujeres? ¡qué disparate! Tenía demasiado en que pensar con sus buques siempre camino de América, y que cada viaje acrecentaban su inmensa fortuna. Después de todo, verdaderamente él no tenía la culpa de haber fijado tan poco su atención en el bello sexo: era extraordinariamente corto de vista.

Todos en su pueblo lo referían en coro, que un día, equivocando al alcalde con su asno, se montó sobre las espaldas de aquel. ¿Sería miope?

Conocidos todos estos antecedentes, no extrañará el lector que Van Kooten permaneciese completamente ciego é insensible á los encantos y coquetterías de su vecina, jóven y muy linda viuda, que se había acostumbrado á venir á hacerle compañía todas las tardes, cuando después de la comida el buen alemán fumaba gravemente su pipa; pero un día en que tiraba las cenizas de esta, un grito de dolor le dejó medio aterrado. Una pequeña partícula había ido á esconderse en el lagrimal del ojo izquierdo de la hermosa viuda, la cual, levantando el párpado con sus sonrosados dedos, imploraba el socorro que en semejantes casos se acostumbra.

En tal situación, el flemático alemán no pudo permanecer impasible, y le fué preciso prestar el socorro demandado.

Para soplar en el ojo de una mujer bonita, no solo es necesario aproximarse mucho, sino que precisamente se tiene que ver y admirar todo lo que vió y admiró Van Kooten, á pesar de su cortedad de vista; esto es, unos ojos dulces y límpidos, una nariz aguileña y perfectamente modelada, unos voluptuosos y finos cabellos, un cutis fresco y aterciopelado, y finalmente, una diminuta boca, cuyo perfumado aliento vino á trastornar los sentidos del pobre hombre. Repentinamente creyó descubrir un mundo completamente nuevo; su corazón latió con violencia después de cincuenta años de tranquilidad, y sobre aquel mismo ojo, que únicamente demandaba un ligero soplo, depositó un ardiente beso.... ¡El primero de su vida! Más vale tarde que nunca. Un mes después, la hermosa viudita se llamaba la señora Van Kooten, y todo induce á creer que sería completamente dichosa, si damos crédito al proverbio que dice: *Los hombres, al contrario que los pollos, los más viejos son los más tiernos y más sabrosos*. Tal es el asunto que ha inspirado á Leslié la composición de su célebre cuadro *La ceniza en el ojo*, cuyo grabado reproducimos en nuestro número de hoy.—B.



LA CENIZA EN EL OJO.



LOS PRIMEROS FUEGOS.

LA MANCHA.

AL SR. D. JUAN BELZA, EN PRUEBA DE AMISTAD.

—Mirame bien; frente á frente;
Mirame sin sonrojarte:
No ignoro yo que es corriente
En todo el que se arrepiente
Buscar un recurso de arte...
¿Mas, paloma dolorida,
Hay una *mancha* en tu vida?...

Tu dulce voz me enagena
Como un canto de sirena;
No es más dulce, bella Elisa,
El murmullo de la brisa
Rizando el agua serena.
Prendado de su dulzura
El mundo que se figura
Que es música cualquier ruido
Vá diciéndote al oído:
«¡Oh! qué inocente y qué pura!»
¿Mas sabe el mundo, querida,
Que hay una *mancha* en tu vida?...

Tu sonrisa angelical
Hace esclavo á un corazón
Aun siendo de pedernal;
Ó finges con perfección
Ó yo te he juzgado mal.
Mas me engañaste una vez
Y no volverás, pardiez,
Pues tan inocente fuí,
A jugar como hasta aquí
Con mi necia candidez.
¿No sé yo, prenda querida,
Que hay una *mancha* en tu vida?...

¿Vás á la iglesia?—Bien hecho:
Pues tanto tiempo has perdido
Haz que hoy sea de provecho;
Ya es hora que ande derecho
Lo que ha andado tan torcido.
Pero no te has de enfadar
Conmigo, si por azar,
Con la más sana intención
Interrumpo tu oración
Advirtiéndote al pasar:
Quien lo sabe nunca olvida
Que hay una *mancha* en tu vida...

¿Lloras?—Más vale: el dolor
Purifica y regenera...
Llora, Elisa, sin temor,
Ten esperanza y amor
Que Dios no burla al que espera:
Y si estás arrepentida
Ya no hay *manchas* en tu vida!...

VALENTINO.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

I.

Debajo de una parra estaban sentados dos hombres con los codos apoyados en una mesa, fumando cigarrillos perfumados.

El mas viejo, que parecia frisar en los cuarenta años, era alto y pálido; su aire de hombre rico, pero sin afectación, tenia además algo de grave y casi de militar; el mas jóven se hacia notar por su exagerado modo de vestir, entonces muy de moda tanto en Italia como en Francia. Este fué el que rompió la conversacion, cortada hacia ya rato.

—A fé mia, mi querido Alfieri, dijo quitando delicadamente la ceniza de su cigarro, no esperaba tener el placer de encontraros por aqui.

—Aquí es donde deben estar los enfermos.

El jóven miró al conde.

—En efecto, añadió, os encuentro cambiado; estais mucho más pálido que de costumbre. ¿Habeis consultado con los médicos?

—Sí.

—¿Y qué os han dicho?

—Lo que dicen siempre. En el invierno me prometen la curacion para el verano próximo; en el verano me la prometen para el invierno: los doctores de Milan me aconsejan que tome los aires de Nápoles, y los doctores de Nápoles los aires de Milan. Yo me dejo llevar por donde les da la gana, hago lo que quieren, y así se va acabando tranquilamente mi vida.

—¡Vaya una idea! ¿Así se muere á vuestra edad?

—Alguna vez, murmuró Alfieri con aire pensativo y bajando la cabeza.

—¡Bah! ya sé lo que teneis, exclamó el jóven; apuesto cualquier cosa á que pensais en las predicciones de vuestra vieja hechicera.

—¿Acaso voy desacertado? No tenia más que doce años cuando esa mujer me anunció todo lo que me ha sucedido despues. Me advirtió que dejaria el Piemonte, que seria poeta y que mi nombre seria celebrado.

—Y que moririais á los treinta y cinco años. ¿Quién no conoce esa historia? Vos habeis hecho sobre esta predicción un soneto que toda la Italia sabe de memoria. Pero ¡qué diablo! vos teneis demasiado talento para ser supersticioso.

El conde suspiró sin responder, y hubo un momento de silencio.

—¿Quereis saber lo que os mata? añadió Celini; pues no es otra cosa que el aislamiento en que vivís. La verdad sea dicha, vos no estais enfermo.

—Los médicos así me lo han asegurado, respondió el conde sonriendo, y yo, mientras tanto, siento que me voy muriendo.

—¿Por qué no os distraeis? Cuando dejásteis á Milan hablabais de viajar: yo os creia en España.

—En ella estuve.

—Vos debiais visitar tambien la Francia.

—Tambien estuve en ella.

—La Alemania....

—De ella vengo.

Celini le miró asombrado.

—Pero, ¿vos venís de todas partes? exclamó. No se puede negar que sois un viajero activo; visitais los países al galope de vuestro caballo. Mas así, no habreis visto nada.

—Perdonad: he visto montañas, caminos, ciudades, y en medio de todo esto, muchos hombres que se agitaban para no hacer nada.

—¿Y qué habeis encontrado de notable?

—Tres instituciones muy bellas; las baquetas en Alemania, la policia en Francia, y la inquisicion en España.

—Vos sereis siempre el mismo, dijo Celini riéndose; misántropo y republicano: un verdadero descendiente de Bruto hecho vasallo del Papa.

Despues, tomando un tono mas serio, añadió:

—¿Sabeis, Alfieri, que no merecis los favores de que la suerte os ha colmado? Todos nuestros teatros se estremecen con vuestros triunfos; la Italia entera tiene los ojos fijos en vos; sois noble, rico, jóven todavía, y parece que estais descontento de la vida. ¿Qué podeis desear para ser feliz?

—¿Quién sabe? alguna cosa que tal vez posea el último de los que me miran en medio de la multitud; una dicha oscura, una casita oculta entre los árboles y una mujer amada, digna de mi cariño.

—Y todo esto, ¿quién os impide tenerlo?

Alfieri levantó ligeramente los hombros suspirando.

—Olvidais que la casualidad ha hecho de mí un *hombre célebre*, dijo; y un *hombre célebre* es un animal raro que todos quieren ver. Busco la sombra, pero es vano; es preciso que viva perpétuamente en pleno día y en representación. Todo el mundo se cree que tiene el derecho de mirar hasta el fondo de mi existencia: mis libros son una especie de pregoneros que van delante de mí, gritando mi nombre. Desde que aparecí en el mundo literario, ¡adios libertad! todos se ponen de puntillas para verme por encima de la espalda de sus vecinos. En mi presencia, las mujeres se callan por temor ó se manifiestan por vanidad. Vos lo sabeis, Celini: retirado en el fondo de las montañas largo tiempo, extranjero en el mundo, me ha agoviado siempre una tristeza embarazosa. Todas esas miradas que me arrojan, me hacen sufrir, y no pudiendo distinguir la simpatía verdadera de la curiosidad, me he separado de todos y guardo silencio. Se me cree altivo, cuando no soy más que desgraciado. ¡Ah! pobre y oscurecido podria creer en el interés que se me manifiesta, en tanto que ahora dudo siempre de la sinceridad de un afecto, y no sé jamás si es á mí ó á mi posición á quien se ama.

—Comprendo; sois desgraciado como un rey.

—Vos creis que me chaceo, pero es la verdad. Cuando llegué aquí, esperaba escapar á esa inquisicion que me enoja; durante algunos dias he podido vivir como todo el mundo, haciendo una vida libre y sencilla; ¡cuán feliz he sido! pero la llegada de un hombre que me habia apercibido no sé dónde, lo ha destruido todo.

—Ved, pues, la injusticia de la suerte, dijo Celini; á vos la celebridad os incomoda, y yo, que tengo ganas de conseguirla, estoy sumido en la oscuridad.

—Esa es falta vuestra: vos no haceis nada formal.

—¡Por Dios, esto sí que es bueno! ¿Olvidais que estoy á las órdenes de un empresario que me obliga á hacer tres actos de *esprit* todos los meses? Vos no sabeis lo que son los teatros, querido: son especies de tormentos donde se saca el génio de quicio.

—Con el riesgo de gastarse pronto...

—Eso es precisamente lo que me ha sucedido: yo he vivido largo tiempo con una docena de ideas... Vos sabeis que una idea puede presentarse de mil maneras: se pone el principio al fin, el medio al principio, y el público llama á esto fecundidad. He trabajado así por espacio de tres años; pero al fin se ha apercibido que le daba gato por liebre, y me ha silbado.

—¿Y qué es lo que habeis hecho?

—A fé mia, cuando he visto que era preciso encontrar algo nuevo, me he decidido á viajar para regenerar mis inspiraciones y buscar tipos: bien que en este momento no soy yo, sino el teatro de Milan, el que está enfermo y va á tomar las aguas.

—¿Y creéis que ese medio os dará resultados?

—Estoy seguro. Hay mucha gente en Albano; entre ella forzosamente he de encontrar tipos originales, he de oír anécdotas y he de descubrir intrigas; aqui se deben hacer cincuenta comedias por día y otros tantos dramas; será cosa del diablo sino adivino alguno; por ahora, sin embargo, voy á adoptar el papel de espía.

—¿No habeis encontrado nada todavía?

—No habiendo llegado hasta anteayer, vos os reiris si os digo que estoy ya en via de una intriga.

Alfieri hizo un gesto de incredulidad.

—Escuchad, dijo Celini bajando la voz. Ayer muy tarde, no pudiendo dormir por efecto de la agitacion del viaje, bajé al jardin: vos conoceis el pequeño pabellon que se halla al extremo.

—Sí.

—Pues bien; acababa de llegar allí é iba á pasar al otro, cuando ví de repente cerrarse bruscamente una puerta y una ventana; me detengo, y me encuentro cara á cara con un desconocido.

—¿Qué decis?

—Al verme, se quedó cortado, hizo un movimiento como para hablarme, pues parecia que estaba contrariado, volvió la espalda y desapareció.

—¿Y visteis sus facciones?

—Como os veo á vos; hacia la luna un resplandor admirable.

—Entonces, ¿podreis reconocerle?

—Ya le he reconocido.

—¿Cómo?

—Esta mañana le he encontrado entre la gente que ha venido á bañarse.

—¿Sabeis su nombre?

—Se llama Marliano.

El conde se levantó vivamente.

—¿Estais seguro que salió del pabellon? exclamó.

—No puedo afirmarlo; pero así me pareció.

—¿Es en el que está al extremo del jardin, cerca de los álamos, donde le habeis encontrado?

—Debajo de la ventana de la marquesa d'Alcanzo.

Alfieri se puso pálido: sus labios se agitaron convulsivamente, pero ocultó su emoción, y se contuvo.

—Ya veis que no he perdido el tiempo, continuó Celini, que entregado su pensamiento á lo que referia, no habia notado la turbacion del conde. Estoy en via de un *imbroglio* amoroso, que puede darme excelentes escenas. Yo me habia ya fijado en ese Marliano por su fealdad; parece el mal ladron, y habia creido en un principio, viéndole seguir por todas partes á la marquesa, que parece no puede sufrirle, que era su marido, pero me he engañado: este es un secreto que es preciso que vos me ayudeis á esclarecer.

Habia uno, en efecto; pero no era desde ese día desde cuando el conde buscaba la explicacion. Celini estaba lejos de sospechar todo el interés que este mis-

terio tenia para él, y en qué angustias acababa de sumirle su relato.

II.

La marquesa d'Alcanzo habia llegado á Albano sola y enferma, hacia cerca de tres meses.

Alfieri habia entonces afectado huir de ella, y no habia descuidado ninguna ocasion de manifestarle el interés que tenia en alejarse de su lado; pero la jóven viuda creyó que trataba de destruir preveniciones, de las cuales ignoraba los motivos. La frialdad del conde hizo lugar insensiblemente á una cortesía amistosa y despues á una intimidad cada dia mas familiar. Era la primera vez que Alfieri encontraba las gracias de la mujer ennoblecidas por una inteligencia, de la cual ella no hacia gala. Con este motivo se establecieron entre los dos relaciones de afecto. El sintió muy pronto que ella entraba en su vida y que tomaba la parte mas preciosa.

El conde iba á hablarla, sin duda, cuando llegó Marliano.

Al verle Blanca pareció turbarse, y lo recibió con un temor desusado: hubo entre ellos como un combate mudo, en el cual la jóven viuda salió vencedora.

Alfieri se apercibió desde luego que ella le huía. Se hubiese dicho que Marliano ejercia una superioridad celosa sobre ella, á la cual esta se sometia á pesar suyo. ¿Cuáles eran los derechos de este hombre?

Alfieri lo ignoraba. Si era el amante de la marquesa, ¿por qué parecia ella temerle? Si le era extraño, ¿por qué al parecer le obedecia? El conde habia en vano intentado dirigirle algunas preguntas, pero la italiana habia rehusado darle ninguna explicacion. Hacia cerca de quince dias que Marliano habia llegado, y nada se habia descubierto sobre su verdadera posicion cerca de Blanca. La relacion de Celini á primera vista parecia levantar dudas en desdoro de la jóven viuda; el conde no las habia dado crédito ni por un instante. Su corazon rechazaba toda suposicion injuriosa, y preferia no comprender antes que sospechar.

Entre tanto, una inquietud angustiosa le oprimia; creer en la pureza del objeto amado, no basta; es preciso que no sea discutida por el espíritu. Despues de esto, ¿quién era Marliano? ¿Se le debia temer ó esperar? Un primer examen no descubria en él mas que uno de esos ociosos vulgares que gastan y prodigan su vida en las frivolidades y desórdenes del mundo; pero mirado con mas atencion, no se tardaba en descubrir, bajo esa cubierta aparente, una tenacidad violenta: era una inteligencia pobre y mezquina, servida por una voluntad de hierro. Alfieri habia querido en vano sondear esta alma oscura, pero le habia detenido la cortesía glacial en que el genovés se habia encerrado. Por otra parte, la marquesa permitia raras veces estas entrevistas, y las que por casualidad tenian lugar, terminaban siempre al poco rato por su causa.

Las cosas en este estado, bajando un dia al jardin el conde más pronto que de costumbre, encontró á la jóven viuda sentada debajo de una enredadera de jazmines.

Era la primera vez desde la llegada de Marliano que la encontraba sola y resolvió aprovecharse de la ocasion.

Al verle Blanca se puso encarnada, y Alfieri se escusó de haber turbado su soledad. La conversacion fué al principio lánguida, mas despues de algunos giros embarazosos, el conde se detuvo bruscamente, y tomando la mano de la marquesa.

—¿Qué teneis contra mí; le preguntó de repente, ¿y por qué huís de mi presencia?

La marquesa se estremeció.

—¿Yo huir de vos? ¿y qué es lo que os lo hace sospechar?

—¿Creéis que soy ciego, señora? En quince dias he aquí la primera vez que puedo veros y hablaros.

La marquesa, desconcertada por un instante, se respuso, y preguntó sonriendo:

—¿Estais bien seguro de que la falta es mia? Yo creo que no se encuentran más que aquellos á quienes no se busca.

—¡Ah! señora; ¿vos dudais de mi interés hácia vos?

—¿Por qué no? Yo sé que mi llegada á Albano os contrarió al pronto; despues se estableció cierta intimidad entre nosotros, y ahora observo que habeis vuelto á vuestras preveniciones.

El conde se turbó y quiso disculparse.

(Se continuará.)

LA CORRECCION MATERNAL.

La leche preparada para el almuerzo, y que estaba calentándose en el hornillo, ha rodado por el suelo, haciéndose pedazos la vasija que la contenia... y es ese revoltoso rapazuelo de tres años, que aparece en el grabado, el autor de un desastre que priva á la madre y á la abuela del cotidiano desayuno. Para la imposición del castigo le vemos preso entre las rodillas maternales; pero sus manos, unidas en ademán humilde, sus miradas suplicantes, han conmovido ya en el corazon de la abuela, que intercede por el gentil rapazuelo. Tampoco era necesario, porque la madre hace grandes esfuerzos por contener la risa; su mano, levantada para castigar, desciende dulcemente sin causar el menor daño, y todo terminará indudablemente con un beso. Tal es el asunto de un bonito cuadro D'Aubry, pintor del último siglo, y cuya reproduccion damos hoy en la primera página.

LOS PRIMEROS FUEGOS.

«¡Josefina, yo me abraso de amor por tí!» dice el lacayo de una gran casa, arrojándose á los piés de la cocinera, que por otra parte es una arrogante moza. Pero Josefina, ocupada en servir el asado que están sus señores esperando en la mesa, lo que menos se ocupa es de prestar atencion á lo que la dice el enamorado mancebo, ni menos hace caso del *primer fuego* que ella ha inspirado en aquel corazon virgen.

El señor reposa tranquilo, muellemente recostado en su enorme otomana, envuelto en su bata y con los piés apoyados sobre los morrillos de la chimenea. Su esposa, recostada en el divan, parece tambien ceder á la soñolencia; el gato participa del buen humor de sus señores, y todos tres se recrean con la vista del fuego, porque aquel dia, primero que en el presente invierno se enciende la chimenea, nieva que es un placer, y un vienteillo norte azota los cristales que es una maravilla.

Observad un poco más abajo y vereis un escritor y un pintor dedicados á su trabajo con el entusiasmo del que empieza su carrera literaria ó artística. Son los *primeros fuegos* que pueden conducir á la gloria, pero que generalmente envuelven más tarde un desengaño.

Hacer sus pruebas en un duelo, es lo que se llama tambien *primeros fuegos*, en el que por primera vez se bate á pistola; así como con el nombre *primer fuego* se significa tambien la primera vez que en accion de guerra dispara su fusil el quinto ó el recluta. Por eso del que aun no ha llegado á este caso se suele decir que *no está fogueado*.

Tal es el asunto de la alegoría que hoy ofrecemos en la página 229 de nuestro Semanario.

LOS GITANOS.

Los gitanos son una raza nómada; de una fisonomía especial, de costumbres esencialmente propias, sin país ni patria conocida y que se dedican generalmente á una industria bastante problemática.

Su origen nacional es bastante difícil de demostrar, y tanto es así, que aparte de la homogeneidad de sus caracteres, de sus hábitos y costumbres y del tipo que los distingue de las demás razas, se diferencian mucho unos de otros, segun la localidad en que nacen y viven. Los *gitanos* de Castilla y Andalucía no se parecen en nada á los de Cataluña, como no se parecen tampoco los de Aragón á los de Valencia y reino de Murcia.

En lo que no discrepan nada es en su carácter esencialmente viajador, en la clase de comercio ó de industria á que se dedican, en su afición instintiva á lo ajeno contra la voluntad de su dueño; en su natural instinto para la farsa, la palabrería y el engaño; por esta razón el gitano á elegido el oficio de tratante y chalan de caballerías como el más á propósito para desplegar sus instintos y facultades naturales. Merced á esto, se hallan en todas las localidades en donde su estancia es permitida, muchos de ellos ricos. Nadie como ellos, ninguno con mayor habilidad para disfrazar su mercancía, limar los dientes al caballo, la mula ó el borrico que tratan de vender; para escamotear y ocultar provisionalmente sus defectos, y es seguro que sacarán por una caballería cualquiera el triple del pre-

cio que á ellos les costó, dado caso que les hayan costado algo, pues no tiene nada de extraño, y sucede muchas veces, que la gente del campo, por donde han pasado los gitanos, echen de menos al dia siguiente algunas caballerías que les han sido robadas. No hay mercado que no visiten, ni feria que no esploten, y como en España abundan en los diferentes pueblos de nuestras provincias de Castilla, Estremadura y Andalucía, en todas ellas dejan recuerdos imperecederos, que si no son del todo gratos en lo general por las circunstancias que los han precedido, no dejan de tener chiste.

En Madrid, aunque en pequeña escala, hay de estos mercados los jueves de todas las semanas, y en ellos lucen sus habilidades los que se dedican á esta clase de productiva industria. Terminadas las horas de compra y venta, los gitanos que no viven dentro de Madrid, aquellos cuyo domicilio se halla establecido en las afueras, ó en alguno de los pueblos de los alrededores, emprenden el camino por la puerta de Toledo ó la de Segovia, y en compañía de sus mujeres é hijos se alejan apresuradamente antes de que puedan alcanzarles las reclamaciones de algun comprador estafado.

Tal es el asunto del grabado que damos hoy en la página 232 de nuestro periódico. Es una familia de gitanos que regresa á sus hogares, despues de haber ejercitado sus habilidades en el mercado.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Afirma Ciceron que la economía es la mayor de las rentas.

RECTIFICACION.

En nuestro número anterior, página 218, columna 3.^a, línea 30, donde dice 250 gramos, léase 950.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. F. M. C., de *Ajaneta*.—Recibidos sus sellos por las tres suscripciones hasta fin de febrero.

D. E. G., de *Córdoba*.—A su tiempo recibimos sus 28 rs. en sellos.

D. S. de E., de *Almagro*.—Recibidos los 16 rs.

D. M. M. y L., de *Panorbo*.—Renovada su suscripción hasta 1.^o de marzo.

D. J. B. y de P., de *Guadalajara*.—Queda Vd. suscrito por el segundo semestre desde 1.^o de setiembre.

D. B. E., de *Santiago*.—Recibido el saldo de agosto y conformes.

D. Y. G., de *Pamplona*.—Recibidos sus sellos.

D. P. C., de *Calatayud*.—Abonada su suscripción hasta 1.^o de julio de 1866.

D. M. A., de *Bateca*.—Recibidos los 14 rs., pero segun los anteriores avisos, no podemos servir su reclamacion sin el importe.

D. M. L., de *Zaragoza*.—No hemos recibido su poesia; puede remitir copia.

D. J. M. M. y M., de *Cieza*.—Recibidos sus sellos y conformes con su carta, queda Vd. abonado hasta 1.^o de setiembre del 66.

D. S. C., de *Cáceres*.—Abonado por el segundo semestre.

D. J. J. H., de *Barcelona*.—Recibidos sus sellos.

D. M. T. y P., de *Berja*.—Recibidos sus sellos y servida su reclamacion. Está ya enmendada la direccion.

D. M. M. y F., de *Cadreta*.—Renovada su suscripción.

D. T. de A., de *Bilbao*.—Recibidos sus sellos.

S. A. viuda de H., de *Zaragoza*.—Satisfecha la suscripción del señor C. de T.

D. H. Fouci., de *Santander*.—No se moleste Vd. en hacernos observaciones: bastarnos los elogios con que nos favorecen nuestros numerosos suscritores por los muchos esfuerzos que hacemos, y despreciamos los *traits d'esprit* en que Vd. se entretiene.

Señora viuda de D., de *Bilbao*.—Recibida su libranza y sellos.

D. J. S., de *Vivero*.—Renovada su suscripción.

D. A. S., de *Bilbao*.—A su tiempo recibimos ya sus sellos.

D. A. B., de *Motril*.—Puede Vd. remitir en libranzas y sellos el importe de las trece suscripciones—renovaciones.

D. J. H., de *Barcelona*.—Renovada su suscripción.

D. J. W., de *Bilbao*.—En vista del entorpecimiento de su pedido y conformes con su carta, queda abonado hasta fin de junio del 66.

D. G. D., de *Cuenca*.—Queda hecho el traslado: esperamos mandar pronto los 14 rs., los números sueltos se piden con sellos á razon de cinco cuartos uno.

AVISO.

Habiendo concluido el primer semestre de nuestra publicacion, y siendo tan numerosos los pedidos, nos hemos visto obligados á aumentar la tirada para poder servir á nuestros favorecedores.

A fin de año se regalará una bonita cubierta para encuadernar el tomo.

NOTA. Estando concluyéndose las colecciones del primer abono, ó sea hasta el núm. 26, recordamos á los señores que quieran adquirirla no demoren los pedidos librando 12 rs. en sellos ó en letras del giro mútuo. Concluidas las cortas existencias que nos quedan, no podremos servir ninguna.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINE DE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



TIPOS ESPAÑOLES.—LOS GITANOS